



Archivo Quehacer

Quehacer era una fiesta

ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

Hubo un tiempo maravilloso en el cual la revista *Quehacer* funcionaba al estilo de las publicaciones que todo el mundo sigue y desea leer. Estábamos a finales de la década de los años 70, cuando a Henry Pease se le ocurrió la idea de fundar una revista de actualidad política, social y cultural, que acompañase al movimiento social peruano. Desde los años 60 había en el Perú una izquierda en actividad que llegó a ser considerada, en los años 80, como la más sólida, influyente y extendida de América Latina. En la concepción de Henry Pease, la revista debía dar fe de ese movimiento y, en alguna medida, comprometerse con él, guiarlo y llegar al poder. Henry Pease no era un revolucionario. Él era un político. No creía en los medios subversivos para alcanzar el poder. Venía de las filas de la Democracia Cristiana y su filiación con el cristianismo fue más fuerte que las posteriores ideas marxistas que leyó más con vocación académica, con las que no llegó a identificarse plenamente. La revista sería la voz de la izquierda. Y lo fue. A diferencia de la revista *Debate*, fundada por Felipe Ortiz de Zevallos, concebida como una plataforma de diálogo entre la derecha y la izquierda, los empresarios y los revolucionarios, *Quehacer* sí se veía a sí misma como la revista de la izquierda. De una izquierda que realmente existía y que necesitaba de un órgano que no fuese un vocero partidario, tampoco una revista de ONG y, menos aún, un boletín o un panfleto de una de las diversas facciones de la izquierda peruana.

* * *

Ese tiempo maravilloso funcionaba como el epicentro de Desco, pues era el lugar donde todos caían, si es que no resbalaban. En el local de la avenida Salaverry se ubicó en el tercer piso, en el techo, y trabajaban en ella Juan “Cancho” Larco, su editor, y los periodistas José María Salcedo y Raúl González. Juan Larco venía de Cuba, donde estuvo vinculado al campo de la cultura, la literatura y el teatro, y, eventualmente, como trabajador en la caña de azúcar. A Juan Larco lo localizaron Marcial Rubio y Luis Peirano. Lo buscaron en las oficinas del Ministerio de Educación, donde cayó después de haber estado por más de diez años en Cuba. De aquella prolongada estancia mantuvo el acento de la isla, su afición por los cigarrillos negros, el café retinto y el uso de la guayabera. Estar en Cuba lo alejó del cine norteamericano y, aunque no lo crean, no sabía quién era Steve McQueen. José María Salcedo era, en aquellos años, un periodista nato. Lo suyo era el periodismo antes que la política.

Si bien Cancho funcionaba a veces como un comisario respecto a la línea política y a los temas a escoger, a Chema Salcedo le fascinaban los reportajes, salir a la calle, traer el aliento de la vida al cubículo de la revista. Raúl González, más bien, se encontró con un tema inusitado y que le dio un prestigio inesperado a la revista: me refiero a la aparición de Sendero Luminoso en 1980, la guerra interna, la estremecedora tempestad en los Andes, primero, y luego en las ciudades de la costa, e hizo de *Quehacer* una revista especializada en la materia. El triángulo, de cierta manera, terminó por configurarse: Juan Larco enhebraba la línea política, Chema Salcedo era la sangre de la calle y Raúl González se afirmaba como el periodista en asuntos subversivos.

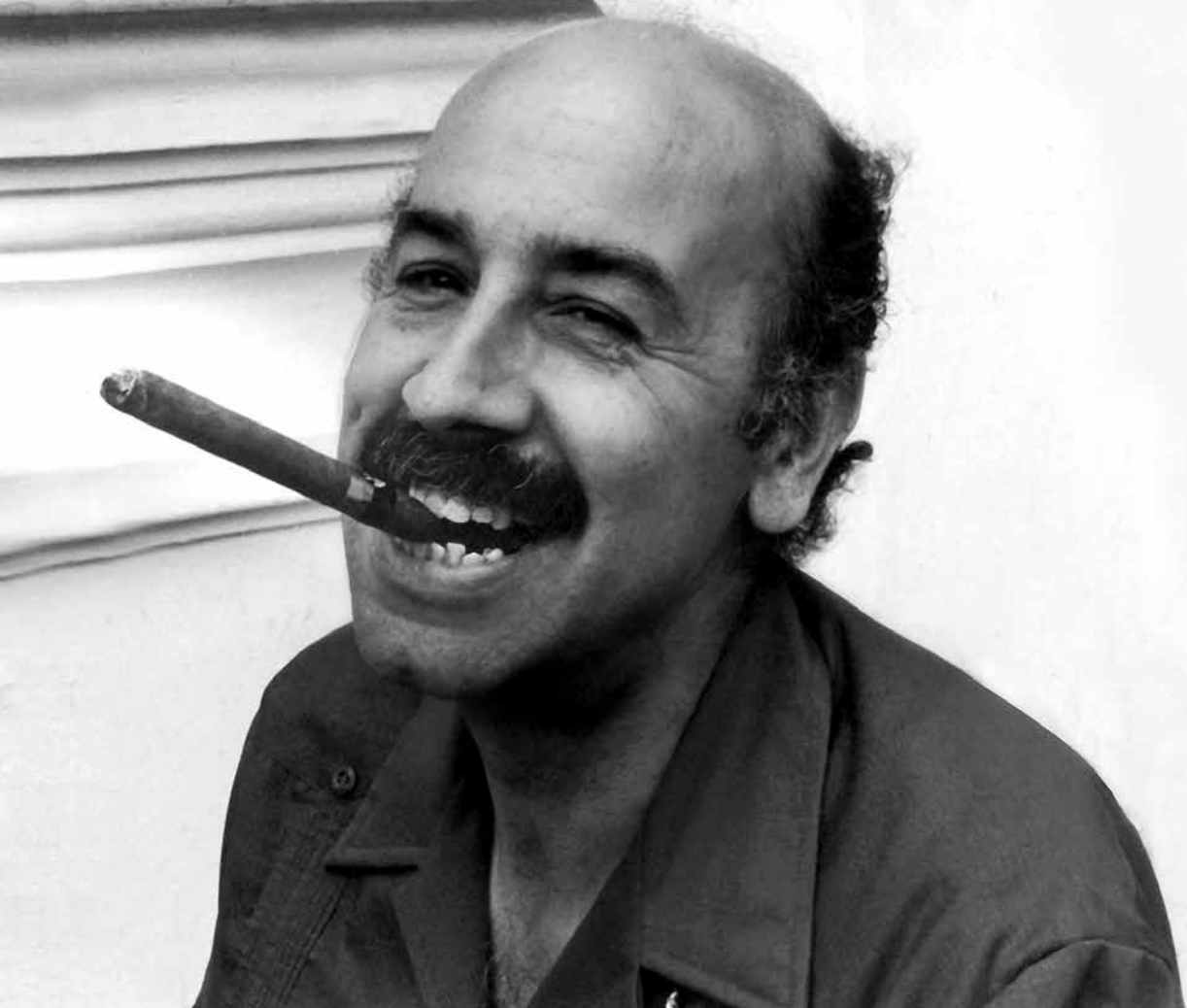
De 1980 al 2000, *Quehacer* se consolidó como la publicación que daba línea a una izquierda legal, enfrentada, a su manera, a la izquierda subversiva de Sendero y el MRTA, donde Chema Salcedo era el responsable de que respirara por sus poros el trajín de una vida remecida por las bombas y la hiperinflación.

* * *

Pero Desco poseía en aquellos años un generoso arsenal intelectual. Entre otros, estaban Nelson Manrique, Alberto Adrianzén, Marcial Rubio, Luis Peirano, Eduardo Ballón, Carmen Rosa Balbi, Laura de Madalengoitia, Gustavo Riofrío, Mario Zolezzi, Humberto Campodónico, a los que se sumaban profesores de la PUCP, nuestros primos hermanos, como Javier Iguíñiz y Orlando Plaza. Plumas había, sin duda. Además, podíamos recurrir a valiosas plumas de instituciones amigas, como la de Carlos Iván Degregori del Instituto de Estudios Peruanos o de Ernesto de la Jara del Instituto de Defensa Legal. También estaban las plumas de los amigos del Cedep, sobre todo las de Carlos Franco y Héctor Béjar y de economistas como Óscar Ugarteche. Todos estaban a mano y dispuestos a escribir en *Quehacer*. *Quehacer* estaba en todas y todos (vinculados a una izquierda amplia) estaban con *Quehacer*. Cancho no tenía que trabajar tanto. Lo suyo era corregir los artículos, mejorarlos, convertir en escritores a algunos ágrafos talentosos, tachar, pulir, a veces discutir con ellos sobre algunas propuestas políticas. Cancho era así. Si bien él no escribió mucho, hizo que muchos escribiesen bastante.

* * *

Recuerdo que una mañana, en el local de la avenida Salaverry, Henry Pease me llamó para hacerme una propuesta para la revista: deseaba que yo me encargara de una sección dedicada a la poesía. La revista tenía una amplia sección cultural, siempre la tuvo. La cultura, lo cultural, nunca estuvo ausente de las páginas de *Quehacer*. Pero me hizo una propuesta para que armara unas dos



Cancho, con su puro cubano, tuvo el reto de moverse y entender a la colorida izquierda peruana.
(Foto: Luis Peirano)

páginas dedicadas a la poesía. Me pareció interesante viniendo de un hombre que se veía a sí mismo como un animal político. En Desco todos eran animales políticos. Todos militaban en diversas fracciones de la izquierda y durante el gobierno militar se dividieron entre los que estaban con el proyecto militar y los radicales, siempre hacia la izquierda, que no hicieron suyo el discurso militar de la revolución, al que consideraban, más bien, reformista. La sección se hizo y Cancho la bautizó como Lampo. El nombre lo extrajo de unos versos de Paco Bendezú. ¿De quién otro podía ser? De nuestro querido Louis Aragon local, un comunista que escribía intensos poemas de amor. Lampo estuvo vigente durante años y publicamos a poetas reconocidos y a poetas jóvenes. En dos páginas ese brillo solar tuvo una pequeña entrevista, un par de poemas y una foto del poeta.

* * *

En los tiempos que estuvimos en el techo del local de la avenida Salaverry, subiendo a la izquierda, recuerdo las visitas de Guillermo Portugal, alias "La Gringa" en el mundo del hampa limeña. Se había hecho amigo del Chema Salcedo y como no tenía un cobre en el bolsillo, pero sí mucho tiempo libre y debía evitar la tentación de robar, frecuentaba las instalaciones de la revista. Los delincuentes necesitan dominar el habla, deben expresarse correctamente porque una manera de legitimarse en la sociedad carcelaria es narrando historias. Se encuentran en la obligación de mejorar sus propias fechorías y engrandecerlas con una afiebrada imaginación y una correcta dicción. Y "La Gringa" Portugal se convirtió en un parroquiano de la revista. Hablaba y hablaba, era un contador nato de historias. No sé si llegó a escribir en las páginas de *Quehacer*, pero Chema le debe haber hecho varias entrevistas. Incluso contribuyó para que Chicho Durand hiciera una película sobre su vida. Sobre la banda de La Metralleta, el barrio malero de Surquillo y su *brother* "Caman Baby". Después de un tiempo nos cansamos un poco de "La Gringa" y dejamos de prestarle atención. Quería ser Papillón o Jean Genet. Escribía mucho. Muchísimo. Pero nos cansamos, lo dejamos ir, desapareció y luego nos enteramos de que había reincidido y se encontraba otra vez en el terral de Lurigancho. Después de algunos años murió.

* * *

Juan Larco fue el eterno editor de la revista *Quehacer*. Era químico de formación aunque, nos imaginábamos todos, nunca ejerció como tal. La revista *Quehacer* salió a luz en un momento crucial: los años finales del gobierno militar en su segunda fase, los instantes previos a la instalación de la Asamblea Constituyente y la aparición de Sendero Luminoso en mayo de 1980. Lo hizo dos años después del gran paro general de 1977. Era la época del Sutep, de un movimiento sindical potente, de una izquierda que se forjaba en la lucha contra Morales Bermúdez. Juan Larco, Cancho, llegó en ese preciso momento y yo lo fastidiaría, tiempo después, diciéndole que tuvo la gran suerte de pasar del "financiamiento" de los cubanos al financiamiento real de los holandeses. Las agencias holandesas y alemanas contribuyeron de manera decisiva en la posibilidad de que *Quehacer* saliera a las calles. Sin su confianza hubiese sido imposible. Pero años después, al desaparecer el financiamiento institucional o el de la revista, *Quehacer* se convirtió en un producto políticamente válido y que los programas podían apoyar dentro de los márgenes permitidos. La crisis posterior de la revista se debe a varias razones: al brutal crecimiento de Lima, que pasó a tener casi ocho millones de habitantes, al pragmatismo del llamado sector popular, al colapso del Estado, de los sindicatos, del magisterio, de la



Lucho Peirano puso todo su empeño para que la revista tuviese un contenido político y cultural.

clase media en general. Alan García liquidó a la clase media. La alimentaba solo con leche Enci. La distribución de la revista se hizo difícil, llegar a las provincias se convirtió en toda una aventura y, de pronto, casi sin darnos cuenta, nos encontramos en el año 2010 con una revista que se vendía más en San Isidro y Miraflores que en los barrios periféricos de Lima.

* * *

Quehacer es, pero sobre todo era en sus primeros años de vida, una revista de quiosco. La paradoja era maravillosa: una revista de artículos largos, de entre seis y doce páginas, de entrevistas a especialistas, a políticos o a gente de la cultura, con un diseño pequeño y sin utilizar páginas a color, se vendía perfectamente en los quioscos. Y en las ciudades del interior, donde se le consumía como si fuese un libro. Nuestros principales puntos de venta fueron Arequipa, Cusco, Huancayo, y en el norte, Trujillo, Piura y Cajamarca. Llegamos a vender treinta ejemplares en la ciudad de Cerro de Pasco. Estábamos felices. Donde había una universidad, *Quehacer* era de lectura obligatoria. Pero... Pero los problemas de distribución se volvieron cada vez más urgentes: la revista pasó de publicar



¡Quehacer era una fiesta, una ilusión, con dinero escaso y muchos buenos amigos!

seis números al año a cuatro, se hizo más eventual, no deseaban costear las devoluciones, y donde antes se llevaban cien ejemplares se pasó a cincuenta; desapareció de las ciudades de la selva, de los lugares remotos y alejados. La ciudad de Lima llegó a tener diez millones de habitantes y los quioscos de multiplicaron, los sectores populares se alejaron de la política, desapareció el empleado público, se redujeron sectores claves, como el de los bancarios, los sindicatos, los partidos de izquierda y *Quehacer* lidiaba ya sin una línea clara, sin un plan de gobierno que alentar, sin congresistas que defender. *Quehacer* se convirtió en una revista político cultural que buscaba un lector sin rostro preciso y, lo que es peor, sin un lugar determinado. Por último, dejó de interesarle, por razones que no se explicaron nunca, a las cadenas de supermercados, que no eran nuestro lugar natural, pero donde vendíamos bastante bien.

* * *

El diseño de *Quehacer* lo hizo Carlos Tovar, más conocido como Carlín. Un formato pequeño, el de una revista siempre lista para ser leída en cualquier avión, ómnibus, y para llevarla en el bolsillo del pantalón. Con el tiempo fue un típico tema de discusión, pues la mayoría de las revistas tenían un formato más grande,

más generoso, y le daban una importancia mayor a la fotografía. *Quehacer* se mantuvo en sus trece. Hasta hoy, hasta el último número, ha conservado su mismo formato y solo ha tenido retoques en su diseño interior. Hemos acompañado cada vez más a las palabras con la imagen. Pero extrañamos siempre el color. *Quehacer* recuerda en estos tiempos a las revistas que se publicaban con las justas, en épocas hostiles, duras, rígidas, faltas de frivolidad. Es seria, pero hice todo lo que pude, lo juro, para que no sea un plomo. La frivolidad no le salía. Todos sus redactores, desde José María Salcedo, Hernando Burgos, Martín Paredes, hasta los muchachos de periodismo, Dan Lerner y Jonathan Diez, alcanzaron la alegría, pero no coquetearon con la frivolidad. Era una revista de blanco y negro, de posiciones, de énfasis, de verdades que debían soltarse.

* * *

En 1990 se le cambió el mundo a Cancho Larco. La izquierda desaparecía, languidecía, el poblador del pueblo joven era un emergente para culminar ahora de emprendedor y la ciudad clásica, el casco central, modificaba su rostro para convertirse en un lupanar. ¿Quién leería *Quehacer*? ¡No podía convertirse en una revista de izquierdosos sesentones! ¡No podía ser una revista de élite, porque acá nadie lee, la gente hojea las revistas, las repasa, se detiene en sus fotografías! ¡Los universitarios, los de Lima en todo caso, ya no leen *Quehacer*! Entonces, ¿qué hacer? *Quehacer* tiene su público, pero la revista no le llega o no la ve en los quiscos, se pierde entre tanta maraña de papel.

* * *

A Cancho le dije en 1990 que si no le gustaba la música chicha, no podría comunicarse con el pueblo. Al pueblo le gustaba lo suyo. Se había distanciado de la política de izquierda, seguía al chinito desconocido, le encantaba la informalidad, la pendejada, la cultura de la impunidad. Cancho me miraba perplejo y extrañaba esa sólida izquierda que parecía unida y que tuvo en la figura de Alfonso Barrantes Lingán a su persona más mediática y querida. Solo le quedaba un mundo sin ideas, sin ideologías, sin programas, sin partidos políticos, sin políticos capaces de argumentar, proponer y luchar. Todo lo sólido, Cancho, desaparece en el aire. La insoportable levedad del ser. Lo ligero. *Lo light*. Así las cosas, poco a poco, *Quehacer* hizo suyo lo que menos le gustaba, pero que estaba en cierto modo en su naturaleza: ser un ladrillo serio, de papel feo, de formato pequeño, sin fotos a color, sin *charme*, sin encanto: era una revista para leer. Sí, para leer, en un momento en que se leía menos y se veía más.

* * *



Contentos hasta el final, se trabajó y bailó por llevar la revista a la imprenta. (Foto: Anamaría McCarthy)

Pero no estamos acá para quejarnos. ¡Nada de lamentos! Las cosas, las instituciones, los productos culturales, las propuestas, las ideas, los poemas y las películas duran lo que deben durar. El llamado lenguaje de los coetáneos. *Quehacer* ha vivido dignamente, con valentía, 35 años. Los directores de *Desco* fueron los directores de la revista, hasta que Eduardo Ballón decidió, durante su mandato, que yo asumiera la conducción. Todos la quisieron. Henry Pease la fundó con la convicción que lo caracterizaba; Federico Velarde la llevó al campo que más le gustaba, el de la política práctica; Marcial Rubio y Luis Peirano la democratizaron bastante y le dieron color y cultura, incluso nos

íbamos a almorzar para cranear el número en un restaurante muy cerca de la avenida Brasil. Geniales almuerzos. Nada mejor que pensar una revista en la mesa de un acogedor restaurante. Y Molvina Zeballos, la actual presidenta de Desco, la mantuvo contra viento y marea. Cuando llamé a Henry Pease a proponerle una entrevista para el último número, no lo encontré en su casa y me comuniqué con su hija Nani. Me dijo que le diría, pero que guardaría el secreto de que se trataba del último número. Por eso estamos todos convencidos de que él pensó que sería mejor cerrar el círculo: fundarla y cerrarla con su muerte.

* * *

Pero antes de que eso sucediera, en los últimos cinco años, el equipo de *Quehacer* se ha batido a diestra y siniestra como si su planta de periodistas fuese enorme, llena de investigadores y fotógrafos. Mónica Pradel, el alma, el rostro, la espina dorsal de la revista, porque sin ella no se hubiera podido hacer, fue siempre su gran animadora. Mónica trabajaba con Cancho, pero con nosotros fue que se convirtió en la abanderada de la revista; Martín Paredes, hasta hace poco, fue el redactor solitario de las tardes tristes, pero plenas de energía, una energía que surgía como una luz cuando llega la inspiración; Juan Carlos García era el diagramador que la hacía realidad, colocaba los textos y las fotos en su lugar; Pica Rey de Castro la corregía a fondo, limpiaba los textos y con frecuencia les daba sentido; Pica continuó el gran trabajo que realizó en Desco y en la revista Annie Ordóñez, nuestra correctora oficial, la amante de nuestros libros, la creadora de muchas de nuestras series, la amiga que hizo que muchos analistas políticos aprendieran a escribir y que les gustara; Anamaría McCarthy, reina y señora en el terreno de la fotografía de la carátula, que llevó el desnudo a la política hasta ruborizarla, continuó el trabajo de grandes amigos y artistas como Carlos González, Eduardo Tokeshi, el Chino Domínguez, que nos permitió usar sus fotografías, Pedro Sánchez y Carla Leví.

* * *

Me da una pena tremenda escribir estas líneas. Jamás pensé hacerlo. Pero el capitán muere en la cubierta. Y nunca he estado mejor acompañado. Yo solo heredé una gran iniciativa, y considero que se trata de una revista que si bien no estaba en la coyuntura, debido a lo espaciado de sus entregas, sí se encuentra en la historia. La revista cubre 35 años intensos de la historia peruana, de la región latinoamericana y del mundo. Se la leerá con respeto, será una colección de consulta, cada nueva generación la mirará con el cambiante ojo del tiempo. ■